



Roda da Fortuna

Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medieval
Electronic Journal about Antiquity and Middle Ages

Dario Testi¹

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C.

Ethos of Marathon veterans: 5th Century BC.

Resumen: La mentalidad del ser humano contribuye a determinar sus acciones, tanto en la sociedad civil como en el campo de batalla; al mismo tiempo es un aspecto particularmente difícil a investigar. En este trabajo intentaremos estudiar el pensamiento de los protagonistas griegos de las hazañas militares de comienzos del siglo V a.C., averiguando sus correspondencias con los valores socialmente compartidos y sus repercusiones en el planteamiento de la táctica y de la estrategia. Demostraremos también la utilidad de las fuentes literarias, como soporte imprescindible para respaldar la investigación del historiador, en presencia de lagunas en las crónicas a nuestra disposición.

Palabras-clave:

Mentalidad; siglo V a.C.; fuentes literarias

Abstract:

Both in civil life and on the battlefield, man's actions are influenced by his mental attitude – which is not an easy subject to study. In this work we will try to investigate the thinking behind the Greek military feats of the first part of the 5th century BC, analysing the relationship between Greek thought and social values in order to determine how this influences the planning of tactics and strategy. We will also demonstrate the usefulness of literary sources to historical investigation in the absence of historical accounts.²

Keywords:

Mentality; 5th century BC; literary sources

¹ Doctorando de la Universidad de León, España.

² Doy las gracias a la profesora Sharon Powell por la traducción.

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

1. Introducción

La lectura de las obras literarias nos proporciona claramente un placer estético, ya se trate de épica, de piezas teatrales o de novelas. Podemos recordar la *Iliada*, las tragedias del teatro clásico, el *Cantar del mío Cid*, la *Chanson de Roland*, *Os Lusíadas*. Pero al mismo tiempo pueden convertirse en fuentes potenciales para la reconstrucción historiográfica por dos razones:

1- Por revelarnos ciertos rasgos de la mentalidad de sus autores y algunos valores socialmente compartidos por su sociedad y su época. *Edipo rey* por ejemplo, ambientado siglos antes del nacimiento de Sófocles, es en realidad el testimonio de los deseos, los miedos y los valores compartidos por los ciudadanos del Estado en el que el autor de la obra, y no el desafortunado rey de Tebas, vive.

2- Por permitirnos perfeccionar nuestro conocimiento del contexto histórico en el cual el autor madura sus experiencias. Pueden completar las informaciones que podemos obtener de las fuentes más técnicas, aclarando los detalles y describiendo los personajes y acontecimientos que los historiadores antiguos omiten o descuidan. Tanto Esquilo, en *Los Persas* (Esquilo, 1983: 65), como Eurípides, en *Electra* (Eurípides, 1999: 94), y Aristófanes, en *Los Caballeros* (Aristófanes, 1991: 113), describen el casco azulado de las trirremes atenienses. Héctor además, el héroe troyano hijo de Príamo, se despide de su familia antes del duelo fatal con Aquiles y tiene que quitarse el yelmo porque la cresta asusta a su hijo Astianacte (Homero, 1989: 300). El autor (o los autores en este caso), sin quererlo, está aclarando algunos detalles importantes de la panoplia del guerrero de infantería de su propia época.

Leídas y analizadas con espíritu crítico, las obras literarias que no pertenecen al género historiográfico pueden respaldar el investigador en su estudio, ante las lagunas de las crónicas. En otros casos pueden corroborar los datos mencionados en los relatos de los historiadores del pasado, confirmando la veracidad de sus afirmaciones o cayendo en el mismo error.

Centrándonos en el argumento de nuestro trabajo, el siglo V a.C.³ es particularmente lejano a nivel cronológico, y por eso bastante difícil a reconstruir de manera completa, sistemática y con una metodología científica. Al mismo tiempo se encuentra relativamente documentado por fuentes literarias de distintos tipos, escritas por autores griegos que en algunos casos son contemporáneos de los acontecimientos narrados. Esto significa que por

³ Salvo indicación en contra, las fechas del trabajo se refieren al periodo anterior a Jesucristo.

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodaafortuna.com

lo menos los hechos más importantes que realizan los helenos, desde la Sublevación de Jonia hasta la empresa de los “Diez Mil” de Jenofonte, han sido descritos. Parte de estas obras, además, se ha preservado y podemos analizarla en función de nuestra investigación historiográfica.

Contando con que, a pesar de juntar todas las crónicas y los hallazgos arqueológicos a nuestra disposición, desgraciadamente quedan algunos huecos en nuestra comprensión, los autores clásicos, por ser algunos casos testigos directos del argumento que tratan, nos pueden proporcionar datos fiables y de gran utilidad para contribuir a completar nuestro conocimiento, ya en el caso en que se equivoquen, o que nos ofrezcan datos falaces, nos permitirían desvelar algunos aspectos de su mentalidad. Heródoto, cuando describe las hormigas del tamaño de zorras que vivirían en Hindukush (Heródoto, 1999: 352), anticipa casi dos milenios los relatos fantasiosos de India, y de Oriente en general, escritos por Marco Polo o Pierre d’Ailly. Poetas que preceden cientos de años los acontecimientos bélicos del s. V, además, expresan los mismos valores de los citados autores, demostrando que algunos rasgos peculiares de la mentalidad griega, y occidental en general, se preservan prácticamente inmutables a lo largo de varios siglos. En algunos casos seguirán influenciando las acciones de los seres humanos durante toda la Edad Media y por lo menos parte de la Edad Moderna.

La mentalidad, nos lo han demostrado Marc Bloch y otros ilustres historiadores franceses de la Escuela de los Anales (Bloch, 2005: 34), es uno de los rasgos más persistentes del ser humano y de la sociedad en la cual nace, vive y muere. Resulta ser particularmente lenta en su evolución, sobre todo cuando se convierte en tradición, en creencia, en superstición, en un conjunto de valores compartidos, en ética, en *mos maiorum*. Fernand Braudel ha acuñado el término “larga duración” (Braudel, 1949: XIII), paragonándola a una jaula mental, para distinguir dichos elementos de la historia evenemencial, siendo esta caracterizada por el cambio constante.⁴ Al mismo tiempo la mentalidad es particularmente difícil a investigar. El historiador tiene que reconstruir y estudiar el pensamiento y los valores compartidos por una determinada sociedad del pasado, analizando las acciones y los discursos de sus miembros y las reacciones que provocan en sus contemporáneos. ¿Todo eso es importante para el estudio de la historia militar? Por supuesto, si consideramos que de la manera de pensar del individuo derivará en buena medida su forma de vivir y de comportarse, en la sociedad civil, y de combatir en el campo de batalla, de enfrentarse al enemigo. Si pudiéramos desvelar por lo menos los rasgos más

⁴Por no tratarse de un artículo sobre los grandes teóricos que en el siglo pasado han investigado, en sus aspectos más técnicos, las relaciones entre las fuentes literarias y el estudio de la mentalidad, puedo sugerir unos ensayos especializados. Véase Pitocco, F. (2000) *Storia delle mentalità*. Bulzoni: Roma; Le Goff, J. (1994). *L'Homme médiéval*. Paris: Seuil

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

importantes del pensamiento del hombre griego del s. V, asociando las crónicas y el resto de las fuentes literarias y buscando eventuales congruencias entre ellas, podríamos medir la influencia que la mentalidad tiene sobre su actitud en el campo de batalla. Determinaríamos, entonces, tanto el origen de tales conjuntos de valores como su evolución en el tiempo y sus consecuencias.

Nuestro trabajo se desarrolla pues como una investigación lógica que intenta recolectar algunos datos fundamentales y luego encajarlos entre ellos, de manera razonada, para construir un sistema fondado sobre el método crítico. Analizando acciones y discursos de los protagonistas del s. V intentaremos adentrarnos en el incierto campo de la mentalidad y del pensamiento. Se trata de una línea de estudio incierta porque lo que el ser humano hace no se corresponde necesariamente con lo que dice, ni lo que dice y hace a lo que piensa. El hoplita será el objeto de nuestra investigación por ser el representante más ilustre de los ejércitos griegos de la Grecia Clásica y, en consecuencia, el sujeto más tratado por los autores helénicos, tanto por los historiadores como por poetas y dramaturgos. Igualmente, son hoplitas los principales políticos, oficiales e incluso autores, de ahí nuestra elección.

2. Ética de los *maratonómacos*

El sustantivo *maratonómaco* deriva de los términos griegos *Marathón* (Maratón) y *maché* (batalla). Se refiere concretamente a los atenienses, nacidos probablemente entre 550 y 510, veteranos de la homónima batalla de 490. El significado del término se puede extender geográfica y cronológicamente para abarcar a todas las ciudades griegas del resto del s.V. Indicaría entonces un ciudadano libre, un miembro del grupo social de los terratenientes (Hölkeskamp, 1997: 512), que constituye una minoría en el conjunto de los habitantes de cada estado por pertenecer a una clase acomodada. Se trata del hoplita, el guerrero de infantería pesada que lleva el nombre de su escudo, el *hoplos*. En la sociedad civil de su tiempo es el individuo que dispone de la cantidad de recursos suficiente para permitirse una panoplia y, al mismo tiempo, el ciudadano que goza del derecho de llevarla en batalla para defender tanto su ciudad-estado como sus plenos privilegios político-sociales. “*En Persia*,” comenta Nick Fields, “el Gran Rey era el estado, mientras que en Grecia eran los hoplitas quienes formaban el Estado” (Fields, 2007: 89).

La contraposición entre héroes y muchedumbre indistinta y anónima de figurantes, que es típica de los campos de batalla de la edad heroica contada por Homero, por aquel entonces ha desaparecido. Todos los hoplitas, desde el

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

terratendiente menos adinerado hasta el rey de Esparta, luchan codo con codo en la formación de infantería con el mismo papel, sin distinción a pesar de la diferencia de grado. La infantería pesada representa el eje de los ejércitos de las ciudades más importantes de Grecia Centro-Meridional (Esparta, Argos, Atenas y Tebas), mientras que los carros de batalla ya no son usados y el papel de la caballería ha sido fuertemente reducido, casi hasta desaparecer, con pocas excepciones.

Cada ejército de la historia, según los principios más básicos de la lógica, desarrolla sus cuerpos y sus tácticas en relación con la morfología de su territorio. La mayoría de Grecia Meridional y Septentrional es una región diseminada de relieves y desfiladeros y por eso es ilógico, como destaca Mardonio en la crónica de Heródoto, que el arte de la guerra de sus habitantes tenga su eje en la infantería pesada: “pues siempre, cuando se declaran mutuamente la guerra, para ello buscan la tierra más bella y más llana” (Heródoto, 1999: 650). Los griegos desarrollan una táctica completamente innatural para una región tan abrupta y montañosa, en un contexto parecido a aquel en el cual los macabeos, en el s. II, desencadenan una guerrilla formidable contra el ejército seléucida sirviéndose de tropas irregulares. Los terratenientes griegos, en lugar de acorazarse y encararse a pie firme en campo abierto, defendiendo el sacro suelo patrio hasta el extremo sacrificio, tendrían teóricamente la posibilidad de convertirse en tropas ligeras. Se trata en este caso de guerreros cuyo equipo de combate es mucho más barato y eficaz en su contexto geográfico, porque su estrategia se funda en las emboscadas en las cumbres de los montes o en los desfiladeros. Cumplen rápidos ataques nocturnos, aprovechando la morfología de su territorio y acribillándose con hondas, jabalinas, flechas y piedras, a la manera de los tracios y de los habitantes de la Grecia Centro-Septentrional.

Las razones del desarrollo de la guerra hoplítica, en un marco geográfico tan inadecuado, se remontan a un problema estrictamente social antes que estratégico, táctico o técnico, demostrando una vez más que dichos aspectos de la vida del ser humano se relacionan y se influyen mutuamente. Los ciudadanos, en el mundo griego del s. V, representan la minoría de los habitantes y gozan de plenos derechos políticos, excluyendo de la dirección de la *res pública* tanto al resto de los varones como a los niños y a las mujeres. Dirigen pues tanto la política como los conflictos: el que declara una guerra luego tiene que encabezar el ejército en batalla y sufrir las consecuencias de sus decisiones. En la Grecia Clásica los políticos, los oficiales y los soldados pertenecen a la misma clase, a las mismas familias y por eso quien rige la *polis* es contrario al uso de otras modalidades bélicas, que podrían poner en duda sus privilegios. En el caso de una guerra naval los protagonistas serían los humildes remeros, que pueden ser incluso esclavos (Jenofonte, 1989: 42); en

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

caso de guerrilla las escaramuzas serían protagonizadas por aquellas tropas ligeras que no disponen de los recursos para comprar una panoplia y que a menudo no son ciudadanos y tampoco griegos (Pausanias, 1994: 323). Así, por tratarse de cuerpos desprovistos de hombría según los *maratonómacos*, hasta la Primera Guerra Médica tanto Atenas como Esparta prácticamente no disponen de una flota de guerra, de tropas ligeras propias o de caballería; no sería honroso dejar el destino del estado en sus manos. Además, si en el contexto bélico cobraran mayor importancia, es plausible que tanto los remeros como las tropas de infantería ligera pudieran pretender aquellos derechos civiles y políticos que en la sociedad del s. V, por ser tan jerarquizada, les eran denegados.

Las batallas, a comienzo de la centuria, suelen resolverse en un breve y violento choque entre dos líneas largas y estrechas de infantería pesada, desprovista de armas arrojadas. El sitio del enfrentamiento es el territorio fronterizo contendido por dos estados cercanos. Las expediciones más largas y alejadas de las fronteras de la *polis*, típicas de la segunda mitad y sobre todo del último tercio del siglo, de momento no son posibles por la ausencia de los aparatos logísticos y de los recursos necesarios. El objetivo del enfrentamiento, además, es generalmente el dominio del campo de batalla y no la aniquilación del enemigo, mientras que las guerras de conquista son raras y largas. Dice un viejo sabio tras la victoria de los siracusanos contra los atenienses en la Campaña de Sicilia de la Guerra del Peloponeso: “entre los griegos, en efecto, la enemistad solo debe mantenerse hasta la victoria, y las represalias hasta el momento en el que se ha sometido al adversario” (Diodoro, 2008: 76).

Las dos líneas de hoplitas que se enfrentan en el campo de batalla están constituidas por un conjunto de unidades, que solemos definir como “formación”, y la “formación” de infantería pesada cuenta generalmente con ocho filas paralelas. Cada guerrero lleva el escudo con el brazo izquierdo y, al estrecharse tanto los miembros de cada línea como las filas entre ellas, los escudos se acercan hasta constituir una barrera. La formación, entonces, avanza compacta y protegida contra una análoga formación adversaria. El hoplita, el protagonista de este tipo de enfrentamiento, es lento y torpe, con un escudo particularmente pesado y un yelmo que reduce la visibilidad y si saliera de la formación perdería buena parte de su potencial ofensivo. Por eso el heroico duelo individual es desaconsejado, porque comportaría un riesgo para la estabilidad de la formación y de todo el ejército. En la batalla de Platea (479), por ejemplo, es recordado Aristodemo, el que fuera único superviviente espartano de las Termópilas, que sale de la formación para buscar la muerte y la encuentra (Heródoto, 1999: 902). Cinegiro además, hermano de Esquilo, en Maratón pierde una mano en el intento de aferrar la popa de una nave enemiga

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

(Heródoto, 1999: 622, 623). Cada hoplita es imprescindible para mantener la unión de la formación, de la cual derivan la esperanza tanto de vencer como de sobrevivir al enfrentamiento. Tanto en la sociedad como en el campo de batalla, entonces, el guerrero tiene su sitio y debe mantenerlo. Los miembros de cada formación, además, pertenecen a las mismas tribus, son incluso hermanos, o padre e hijo, y la lucha les ofrece la posibilidad de “colaborar para el bien común”, tanto del estado como de su propia familia (Jenofonte, 1987: 214).

3. Vencer o morir

“¡Hombres jóvenes! Combatid aguantando unos junto a otros.
No iniciéis vergonzosa fuga ni seáis presa del pánico:
engrandeced y enardeced en vuestro pecho el ánimo
y no tengáis apego a la vida al luchar con los enemigos.”
(Suárez de la Torre, 2012: 86)

Tirteo, poeta elegíaco del s. VII, fija en sus versos los valores que siguen rigiendo la sociedad y el campo de batalla a comienzo del V. La obra es una exhortación a los jóvenes, para que estén dispuestos a defender su propia ciudad contra el enemigo, al posible precio de su vida. Y es que la batalla, como sabemos, es una de las experiencias más aterradoras que el ser humano puede experimentar en su vida. Heródoto, sabiamente, nos recuerda que “nadie es tan necio que elija la guerra en vez de la paz: en esta los hijos sepultan a los padres, en aquella los padres a los hijos” (Heródoto, 1999: 116). Miles, tal vez decenas o incluso cientos de miles de hombres se matan entre ellos en el campo de batalla, hundiendo las hojas de sus armas blancas en la carne de sus enemigos e intentando evitar sufrir la misma suerte; alrededor el resto de los guerreros matan o mueren. Los escudos chocan entre ellos emitiendo un fuerte ruido metálico, los heridos gritan y se desesperan antes de morir, los huesos se quiebran con un chasquido sordo. La sangre de las víctimas salpica a sus verdugos, mientras el polvo satura el aire ocultando la vista y entrando en los pulmones, mientras el calor del verano hace casi imposible respirar a través de las estrechas aberturas del yelmo. Un ser humano, a pesar de su honradez, de su hombría o de su adhesión a las razones y a los ideales que han determinado la guerra, difícilmente aceptaría por su propia voluntad la necesidad de participar en esta carnicería dantesca. Por eso no es nada raro que enteras formaciones de batalla huyan antes de llegar al choque, siendo derrotadas por el pánico y no por el enemigo. “A un ejército armado y en formación el pánico lo sacude aún antes de tocar la lanza: pues también esto es locura que viene de parte de Dionisio” (Eurípides, 2000: 275)

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

destaca Eurípides en *Las Bacantes* y sigue Sófocles en *Antígona*: “escapan, ¡por supuesto!, hasta los más valientes cuando ya van cerca de la muerte que los va a privar de la vida” (Sófocles, 1985: 167).

El ejemplo constituido por los veteranos y los antepasados gloriosos, las pautas sociales y las leyes del estado intentan motivar al hoplita, forzándole cuando es necesario, a encarar al enemigo a pie firme. Los méritos que el guerrero adquiere en el campo de batalla, por contribuir a determinar la victoria y el bienestar de su ciudad, se convierten en la *conditio sine qua non* para gozar de la honradez y de la aprobación social. “Si uno está dispuesto a rechazar, firme en su formación, a los enemigos y a no huir” dice Platón, “sabes bien que ese tal es valiente” (Platón, 1981: 468). Podemos entonces citar algunos versos de Calino de Éfeso, poeta elegíaco que contribuye a aclarar los valores que condicionan la sociedad griega, ya en el s. VII:

“Que cada uno antes de morir arroje hasta su última pica,
pues llena de honra y gloria a un hombre combatir
por su tierra, sus hijos y su esposa”
(Suárez de la Torre, 2002: 104)

Igualmente, Heródoto nos refiere un supuesto dialogo entre Damarato, rey espartano exiliado, y Jerjes, soberano de Persia. Confirma entonces la persistencia del papel de la intrepidez en la sociedad griega del comienzo de la centuria: “[los espartanos] hacen todo lo que esta soberana [la ley] les manda, lo cual es siempre lo mismo: no desertar en batalla ante una multitud de enemigos, sino permanecer firmes en sus puestos: vencer o morir” (Heródoto, 1999: 702). Jenofonte, a distancia de casi un siglo desde la supuesta conversación entre los dos reyes, confirma una vez más la larga duración de estos valores. describiendo, en la primera mitad del s. IV, una experiencia vivida a finales del precedente: “habéis de saber que una retirada ante el enemigo no es en absoluto un gesto honroso, mientras que una persecución vuelve valiente hasta a los más cobardes, y, por lo que a mí respecta, preferiría atacar con la mitad de hombres que retirarme con el doble” (Jenofonte, 2006: 280).

4. Muerte honrada

“Y él mismo cae entre los primeros y pierde su propia vida
cubriendo así de gloria a su ciudad, a sus gentes y a su padre,
tras recibir por delante múltiples heridas
a través del pecho, del escudo umbilicado y de la coraza.

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

Por igual le lloran entonces jóvenes y viejos,
con dolorosa añoranza se aflige la ciudad entera;
su tumba y sus hijos entre los hombres serán célebres,
y los hijos de sus hijos y su postrer linaje.
Jamás se extingue su ilustre fama ni su nombre;
por el contrario, aunque se halle bajo tierra, llega a ser inmortal
todo aquel a quien bélico Ares quita la vida
mientras demuestra su excelencia y su aguante
y mientras lucha por su tierra y por sus hijos.”
(Suárez de la Torre, 2012: 90)

Otro rasgo fundamental de la ética de los hoplitas, como aclara Tírteo, es la capacidad de aceptar el sacrificio para la defensa de la patria, como vemos también en Platón (Platón, 2011: 238); se trata, en este caso, de la extrema consecuencia de la búsqueda de la honradez. Inmolándose para el bien común, el hoplita determina que su propia familia pueda seguir gozando de los plenos derechos de los hombres libres. El guerrero valeroso arrostra entonces al enemigo, sin miedo, y gana la gloria para sí mismo, su ciudad y su familia, al igual que el vencedor de los juegos deportivos. Luego da prueba de sus virtudes enseñando los agujeros que las armas de los enemigos han dejado en la parte frontal de su coraza y de su escudo; los cobardes, al contrario, se han quedado en el campo de batalla con una lanza clavada en la espalda.

En caso de fallecimiento, toda la sociedad lloraría por su sacrificio. Su recuerdo sobreviviría a su muerte física, otorgando la inmortalidad a su nombre, por ser un héroe que ha luchado a pie firme hasta la aniquilación para cuidar de la defensa de su ciudad. Creso, opulento rey de Lidia, en la crónica de Heródoto pregunta a Solón quién es el hombre más feliz de todos. El legislador le cuenta la historia de Telo de Atenas, que tuvo un espléndido final muriendo heroicamente en el acto de poner en fuga a los megarenses en batalla (Heródoto, 1999: 81, 82). Pericles, en *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides, confirma la persistencia de los mismos valores en la Atenas de la segunda mitad del s. V, en ocasión del discurso fúnebre en honor de los caídos del primer año de guerra:

“en este momento consideraron en más el defenderse y sufrir, que ceder y salvarse; evitaron una fama vergonzosa y aguantaron el peligro de la acción al precio de sus vidas, y en breve instante de su Fortuna, en el esplendor mismo de su fama más que de su miedo, fenecieron”
(Tucídides, 1989: 192)

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

En las tragedias del s. V, además, el valor y la importancia del sacrificio por la patria alcanza su expresión más alta. Leemos en *Ifigenia entre los tauros* de Eurípides: “vamos a morir, pero gozamos de la más honrosa de las muertes. Sígame y desenvaina la espada” (Eurípides, 1999: 267); igualmente evocativas son las palabras de Meneceo en *Las Fenicias*: “voy a ir a salvar a la ciudad y a entregar mi alma por el bien de este país, muriendo por él” (Eurípides, 2000: 138, 139), a las cuales responde el coro: “admiramos a quien se encamina a la muerte en defensa de su tierra patria” (Eurípides, 2000: 140). De este modo los hoplitas, a partir del momento en el que cobran importancia en el conjunto social hasta adquirir una posición preeminente, de liderazgo tanto en la política y en la dirección del estado como de la guerra, contribuyen a moldear y a imponer un tipo particular de táctica. Afirman contemporáneamente aquellos valores que fuerzan al guerrero a someterse a dichas tácticas para preservar su reputación.

5. Reputación

“¡Tened valor, pues sois del linaje del invencible Heracles:
aún no tuerce Zeus con desprecio la cabeza!
No temáis a la multitud de enemigos ni seáis presas del pánico
y que cada hombre vaya derecho hacia las primeras filas,
sosteniendo su escudo,
[...]
pues un hombre no demuestra su valía en la guerra si no revela
su aguante mientras contempla la matanza sangrienta
y no se coloca cerca para dar alcance a los enemigos.”
(Suárez de la Torre, 2012: 87)

El hoplita, que acepta la necesidad de encarar al enemigo y de vivir la carnicería del choque, se merece la apreciación de su estado y de los miembros tanto de su clase social como de su familia, por contribuir con su coraje a determinar la victoria final. El hoplita que huye del campo de batalla por el miedo al choque, al enemigo y a la muerte, en contra, constituye un importante problema táctico para su formación. Desertando abre una brecha en el muro de escudos, por la cual el enemigo podría penetrar y romper el frente. Contemporáneamente, a nivel de valores compartidos, dicho hoplita se convierte en un cobarde, cuya reputación es enlodada por la entera ciudadanía incluso sus propios parientes podrían morir en el campo de batalla por culpa de su falta de hombría. Aquel hijo que huyendo abandona a su padre, condenándole a una muerte cierta, incluso en nuestra sociedad merecería menosprecio y desaprobación. Cuando Cresos quiere impedir que su hijo participe en una caza contra un “jabalí monstruoso”, este le contesta: “¿Con

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

qué ojos me mirarán cuando entre o salga del ágora? ¿Con qué ojos la joven mujer con quien acabo de casarme?” (Heródoto, 1999: 86). También Pericles en su discurso fúnebre, tras un muy prosaico “imitad a ellos”: “al menos para un hombre que tenga dignidad, es más doloroso sufrir un daño por propia cobardía que, estando en pleno vigor y lleno de esperanza común, la muerte que llega sin sentirse” (Tucídides, 1989: 193).

Podemos volver a las fuentes literarias, para subrayar aún más la importancia de la reputación y la gravedad de su ensuciamiento. Afirma Meneceo en *Las Fenicias*: “a costa de traicionar a mi padre, a mi hermano y aun a mi propia ciudad, me marché fuera del país como un cobarde. Dondequiera que viva, apareceré ante la opinión pública como un miserable” (Eurípides, 2000: 139). El papel de la reputación es tan importante que los soldados que sobreviven a la aniquilación de su batallón, sea por haber huido o por haber demostrado una habilidad extraordinaria, en una sociedad tan militarizada como Esparta llegan incluso a suicidarse (Heródoto, 1999: 113) o a buscar la muerte en una batalla sucesiva (Heródoto, 1999: 902). Los que huyen del choque pueden incluso ser asesinados por sus propias madres (Plutarco, 1987: 253; Nepote, 2002: 69). Dicha anécdota, que Plutarco refiere en su obra, a pesar de su posible origen fantástico expresa la ironía de un guerrero formidable, temido en toda Grecia y que, no obstante su entrenamiento y los valores que caracterizan su entorno, huye del choque, mereciendo por eso el castigo ejemplar de una mujer.

Típica demostración de cobardía es también la pérdida del escudo en batalla. El político ateniense Cleónimo, por haber cometido este error en la desastrosa batalla de Delio (424), es duramente criticado por Aristófanes. Es llamado “pierdeescudos” (Aristófanes, 1987: 76) en *Las Avispasy* “pierdeticio de las armas” (Aristófanes, 1987: 148) en *La Paz* y entonces, satíricamente, amigo de la paz por demostrar su vileza en batalla. En *Las Aves* el comediógrafo se burla de él (Aristófanes, 1987: 198) para luego recordar que ha escapado del enemigo y que por eso es un cobarde (Aristófanes, 1987: 239), exactamente como en *Las Nubes* (Aristófanes, 1969: 100). En *Los Caballeros*, en fin, el autor se ríe incluso del asa (*porpax*) de su escudo (Aristófanes, 1991: 150). La razón de tanto menosprecio es muy sencilla: el guerrero que pierde su *hoplos*, como hemos visto, afecta a toda la formación de infantería (Plutarco, 1987: 177). La pérdida, además, no es accidental, porque el *hoplos* es grande, pesado e incómodo, ralentizando al soldado en el momento de la fuga. Este, cuando deserta del choque, se desprende de él para huir con mayor celeridad. Por esa razón el poeta lírico Arquíloco, en el s. VII, es expulsado de su ciudad (Platón, 2011: 237), por haber dicho que es preferible arrojar las armas que morir: “salvé mi vida: ¿qué me importa aquel escudo? Ya me procuraré otro que no sea peor” (Plutarco, 1987: 243; Suárez de la Torre, 2002: 84, 85) y sigue

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

“si [hay que huir] por poderosa imposición de un dios no hay que llamarlo cobardía e indignidad [...] hay un tiempo para huir” (Suárez de la Torre, 2012: 59). No entiende, o bien no admite, que no es un problema económico ya que el hecho de huir para salvarse la vida podría determinar la derrota de su formación y del resto de su ejército. Una vez más un poeta del s. VII nos ayuda a investigar la durabilidad de la mentalidad griega y sus orígenes, a pesar de su intento de camuflar sus verdaderas intenciones.

El mensaje entonces está claro, es preferible morir luchando que salvarse huyendo, porque las consecuencias podrían ser peores que la muerte (Jenofonte, 1987: 225). El lacónico epitafio escrito por el poeta Simónides para los 300 espartiatas, caídos en el desfiladero de las Termópilas luchando hasta la aniquilación, es un admirable monumento a los héroes que todos los griegos libres tendrían que emular:

“De los que en las Termópilas murieron, gloriosa es la fortuna, bello el destino, un altar es su tumba, en vez de lamentos hay recuerdos, el duelo es un elogio: y este presente funerario ni el mojo ni el tiempo, que lo consume todo, lo borrará.

Este monumento funerario de hombres valientes ha ganado una gloria de Grecia que es suya ya; de ella es también Leónidas testigo, el rey de Esparta que ha dejado un gran ornamento de valor y una fama que fluye eternamente.”

(Suárez de la Torre, 2012: 244)

6. Continuidad y Evoluciones

“Nadie podría enumerar jamás con detalle cuántas desgracias sobrevienen al hombre si padece una experiencia vergonzosa;

pues es doloroso herir en la nuca
al hombre que huye en la funesta guerra
y da vergüenza el cadáver que yace en el polvo
con la punta de la lanza clavada en la espalda.”

(Suárez de la Torre, 2012: 88)

Los terratenientes que luchan en la segunda mitad del s. V, viven una fase crítica de la evolución de la historia militar de Occidente. Por un lado sienten la necesidad de adecuar sus tácticas a los nuevos contextos bélicos en los cuales tienen que luchar; por el otro se ven forzados a imitar el ejemplo de sus antepasados, para intentar demostrar que no son inferiores en valor y honor, confirmando así la nobleza de sus familias (Aristóteles, 2011: 273). Adecuar sus tácticas, al mismo tiempo, significaría alterar los cimientos de una

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

sociedad rígidamente clasista y que, fundándose en la exclusión del resto de las clases sociales, les permite gozar de los plenos derechos derivados de la ciudadanía. Dice Pericles:

“nuestros padres resistieron a los medos, partiendo de no tantos medios como nosotros, sino que abandonaron lo poco que les quedaba y rechazaron al bárbaro más por buena estrategia que por la suerte, y con un valor superior a su fuerza, y elevaron a esta grandeza nuestra potencia. No debemos mostrarnos inferiores a ellos, sino resistir a los enemigos por todos los medios, y esforzarnos en dejar a nuestros descendientes una potencia no disminuida.” (Tucidides, 1989: 154)

Los hoplitas, además, piensan que sus valores son compartidos por el resto de las sociedades contemporáneas, confiriéndoles un carácter universal, como vemos en *Los Persas* de Esquilo. El autor subraya en la tragedia la ineptitud de Jerjes frente al valor, al honor y a las victorias de su padre Darío. Explica que “amontona Persas en el seno del Hades” (Esquilo, 1983: 81) causando un “abismo de penas” (Esquilo, 1983: 71) y “vacando el continente” (Esquilo, 1983: 71), siendo “ruina de su patria y de su pueblo” (Esquilo, 1983: 82). Su padre, al contrario, “no enviaba hombres a la muerte con bélicos desastres” (Esquilo, 1983: 68), siendo “poderoso, benéfico, invencible, [...] un semidiós” (Esquilo, 1983: 79). Darío, en la inscripción de Behistun, mandada erigir por encima de un acantilado calcáreo, ha intentado advertir a sus eventuales herederos: “quienquiera que seas, tú, rey que subirás más tarde [al trono], protege fuertemente a estos artesanos [de mi victoria] y a la descendencia de tales hombres” (Lara Peinado, 2011: 389). Prescindiendo de la pretenciosa universalización cumplida por los *maratonómacos*, entonces, la inscripción nos demuestra la gravedad de la deshonor, que tanto los helenos como los persas atribuyen al hijo que no consigue cumplir hazañas dignas de su linaje. Valores análogos han sido grabados en la estela de piedra que conserva el juramento de los efebos, las nuevas generaciones de cadetes del ejército ciudadano: “a mi descendencia no entregaré una patria mermada sino engrandecida y más poderosa” (Sekunda, 2000: 10; Sage, 1996: 35).

Las obras literarias de historiadores, autores teatrales y poetas, escritas durante por lo menos tres siglos, así como las fuentes epigráficas de Grecia y de Persia, nos confirman la gravedad que deriva de la pérdida del honor para el individuo, en relación con las gloriosas hazañas cumplidas por sus antepasados. Los *maratonómacos*, defensores de estos valores tradicionales del mundo griego arcaico, presumiblemente entre 490 y 450 fallecen. Sus hijos, nietos y bisnietos, que luchan en la Guerra del Peloponeso, tienen que adecuar sus tácticas, sus estrategias y, en consecuencia, acelerar la que podríamos

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

definir como la “natural evolución de la mentalidad”, hasta violarla casi por completo. La estrategia aplicada por espartanos y atenienses en la Grecia Meridional, en la primera fase de la Guerra del Peloponeso, sigue las mismas modalidades de los siglos pasados y demuestra su ineficacia. Dichos fallos persuaden a los ejércitos helénicos a dejar sus viejas fronteras geográficas, regidas hasta entonces por la ética de sus padres, luchando en la periferia del mundo griego e incluso fuera de sus tradicionales confines, en escenarios donde los hoplitas encaran sin éxito las tropas ligeras.

Se trata de contextos y enemigos distintos con respecto a las usuales modalidades del arte de la guerra que hemos descrito. Los helenos, tanto en la Grecia Centro-Septentrional como en Sicilia, han otorgado gran importancia a emboscadas, escaramuzas, intercambios de proyectiles entre tropas ligeras y, en algunos casos, a incursiones de jinetes. Eurípides, en *Andrómaca*, nos cuenta el ataque que sufre Neptólemo en Delfos, que nos explica las dinámicas que se repiten en algunos enfrentamientos del s. V:

“le tiraban piedras con las manos. [Neptólemo] Molido por todas partes con la espesa granizada, ante sí tendía sus armas y se guardaba de los ataques dirigiendo acá y allá su escudo con el brazo. Pero nada adelantaba, sino que muchos dardos a la vez, flechas, jabalinas de correa central, picas sueltas de doble punta, dagas de degollar toros venían cabe sus pies.”
(Eurípides, 1992: 351)

El hijo de Aquiles, acribillado, no puede encarar a un enemigo a la vez y tanto su habilidad como sus armas se revelan inútiles. La formación de hoplitas, de la misma manera, si no es respaldada por tropas ligeras y caballería no puede encarar este tipo de guerra, para el cual no ha sido ideada y entrenada.

La Guerra del Peloponeso sería a la vez el origen de batallas en la noche, en invierno; emboscadas; asedios y asaltos de ciudades; masacres de civiles; menosprecio hacia los cadáveres. Incluso los suplicantes son asesinados, sin curarse de la venganza que los dioses, supuestamente, deberían infligir a los hombres impíos y sacrílegos.

7. Astucia y engaño

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

La astucia y el engaño son dos de los rasgos que más se desarrollan en este último tercio del s. V. Jenofonte es un testigo del nivel de degeneración que el arte de la guerra ha alcanzado al final de la Guerra del Peloponeso. En *Ciropeia*, su reconstrucción de algunos episodios de la historia persa del s. VI, nos refiere las consecuencias de dichos rasgos en la mentalidad de sus tiempos:

“ingéniateles como puedes para procurar sorprender con tus hombres bien ordenados a los enemigos en desorden, con tus hombres bien armados a los enemigos desarmados, con tus hombres despiertos a los enemigos dormidos, y para procurar recibir su ataques cuando ellos sean visibles para ti, mientras tú seas invisible para ellos; cuando ellos estén en terreno desfavorable, mientras tú estás en lugar bien defendido.”

(Jenofonte, 1987: 138)

Odiseo es el astuto embustero por antonomasia en la historia literaria griega. Es menospreciado por provocar la muerte del valiente e intrépido Ajax, por ejemplo, o por haber vencido al enemigo con el engaño y en la noche, como un ladrón, en lugar de derrotarlo en el campo de batalla y a la luz del día. En distintas tragedias es duramente criticado, tanto por troyanos como por griegos. En *Las Troyanas* de Eurípides es definido como “abominable, doloso, enemigo de la justicia, bestia al margen de la ley, que a todo le da la vuelta [...] de lengua bífida, que lo que amigo primero era, en enemigo trastoca” (Eurípides, 1999: 210), siendo “tanto ingenioso como pérfido” (Eurípides, 1999: 241). Sigue la protagonista en Ifigenia entre los taurios: “¡Así muera, sin alcanzar jamás el regreso a su patria!” (Eurípides, 1999: 274). Dicen Agamenón y Menelao en Ifigenia en Áulide: “siempre ha sido de naturaleza retorcida [...] Está poseído, no cabe duda de ello, por la ambición, un defecto terrible” (Eurípides, 2000: 347) y Héctor, en *Reso*, lo describe como “*un criminal terrible*” (Eurípides, 2000: 419). Neptólemo, en *Filoctetes* de Sófocles, subraya sus “malas artes” y su vil actuar, por el hecho de servirse de la mentira para lograr su objetivo (Sófocles, 1985: 342). Sigue el propio Filoctetes, en la homónima tragedia, recordando que “se agarraría con su lengua a todo vil razonamiento y a una total falta de escrúpulos” y lo define como la “malicia personificada” y “pirata” (Sófocles, 1985: 360), pérfido y sin vergüenza (Sófocles, 1985: 372), “el más odioso a los dioses” (Sófocles, 1985: 374) y el más tramposo de los hombres (Sófocles, 1985: 377). A pesar de haber solucionado la larga y aniquiladora guerra contra Troya, Odiseo es despreciado incluso por sus propios compañeros debido a su comportamiento, por conseguir la victoria contra las pautas comúnmente aceptadas tanto por los hombres, sean amigos o enemigos, como por los dioses; los *maratonómacos* no pueden aceptarlo.

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

Incluso Dante Alighieri coloca al rey de Ítaca en el infierno en su *Divina Commedia*. Odiseo, en particular merece el castigo infernal, según el poeta medieval de Florencia: 1- por haber desenmascarado a Aquiles en Esciros, con el engaño, y haberle forzado a luchar en Troya, donde encontrará la muerte; 2- por el robo del Paladio, estatua de madera que protegía a la ciudad de Frigia; 3- por haber convencido a la tripulación de su buque a superar los confines que Dios ha fijado para los seres humanos:

“Deidamia ancor si duol d’Achille,
e del Palladio pena vi si porta.” (Alighieri, 1999: 144)

“Fatti non foste a viver come bruti,
ma per seguir virtute e canoscenza.” (Alighieri, 1999: 146)

Parafraseando podemos recordar que Deidamia sufre por la separación y la muerte de su querido Aquiles; igualmente sufre Troya, porque el robo del Paladio la priva de la protección de los dioses y provoca su derrota, debida de nuevo al engaño. En fin Dante cita el discurso que el héroe griego pronuncia para convencer a los suyos a cruzar las Columnas de Heracles, sirviéndose de sus artificios retóricos. Tanto Aquiles como Troya y la tripulación de su buque, entonces, han sido aniquilados por culpa de Ulises y de su astucia.

La ética griega del s. V exalta el valor y la honra y, contemporáneamente, rechaza la astucia y el engaño. El orgullo de las *poleis* se manifiesta en el campo de batalla de Maratón, de Platea, de Delio, de Mantinea, es decir, en las batallas campales donde los contrincantes se arrostran a la luz del día, cara a cara y sin trucos. Contemporáneamente, sin embargo, los generales protagonistas de la Guerra del Peloponeso empiezan a anteponer la victoria a la honra, el resultado final a las modalidades para alcanzarlo. La fuga para la preservación del ejército se convierte en un mal menor con respecto a la aniquilación gloriosa y heroica. Por eso, tanto en tierra firme como en el mar, los ejércitos y las armadas se repliegan, huyen y rechazan el choque si creen que no tienen esperanza de triunfar. Incluso los espartanos se repliegan si consideran que no podrían vencer al enemigo, para luego atacar en condiciones más favorables. Se trata de una decisión maquiavélica que resultaría impensable en los tiempos de las Termópilas y del epitafio de Simonides.

Una ulterior violación de la ética arcaica es el progresivo aumento de la importancia de la flota, imprescindible en la Guerra del Peloponeso, y sobre todo de los tiradores, los adversarios más peligrosos de los hoplitas. Representan la negación de cualquier forma de *ethos* de derivación arcaica y heroica, porque sus tácticas se basan en el ataque y la retirada, la emboscada, encarando la fuerza con la astucia. Lo aprendemos claramente del juicio de

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

Tucídides: “al no disponer de una formación en orden no se avergonzarían al abandonar una posición cuando se ven obligados a ello” (Tucídides, 1989: 444). Los hoplitas resultan particularmente vulnerables en presencia de tropas ligeras y por eso tienen que dotarse a su vez de tiradores, imprescindibles en un contexto de guerra asimétrica. El principio básico de cualquier táctica de la infantería ligera, como hemos visto, son la agilidad, la velocidad y la capacidad de atacar en el momento en que el enemigo está en apuros para luego retirarse cuando este intenta reorganizarse y contraatacar. Dichas capacidades derivan en buena medida de la falta de armadura y de cualquier estorbo adicional. Lo demuestra el propio nombre del cuerpo, gimnetas, que deriva del griego “*gymnos*” que significa desnudo, porque “un hombre desnudo corre más fácilmente que un hombre ceñido” (Pausanias, 1994: 441).

Dice Heródoto: “morir a manos de uno que está a tu nivel es solo media desgracia” (Heródoto, 1999: 551). Morir a manos de tropas que son inferiores a nivel social, y que violan el *ethos* de sus padres, no debe de ser una posibilidad particularmente apreciada para un hoplita, ni acrecería su honra. En Esfacteria un contingente espartano es aislado y acibillado por decenas de miles de tropas ligeras y una parte de los hoplitas se rinde. Muy lacónica es la respuesta de un prisionero lacedemonio a las provocaciones atenienses: “el atraktos [flecha] sería un arma inestimable si discerniera a los valientes”; “quería indicar con ello,” explica Tucídides “que las piedras y las flechas habían causado las bajas al azar” (Tucídides, 1989: 375; Plutarco, 1987: 224, 230). Los terratenientes pueden entonces elegir entre morir como en Esfacteria, preservando la honradez de los *maratonómacos*, o adecuarse, renunciando a su ética y luchando codo con codo con las tropas que menosprecian.

8. Conclusiones

En este análisis de la mentalidad de los protagonistas de los conflictos del s. V, hemos conseguido aclarar los rasgos fundamentales del pensamiento de hombres que nacieron, vivieron y murieron hace 25 siglos. El apoyo tanto de textos poéticos como de tragedias y comedias ha sido imprescindible por completar los datos, a menudo breves y lacónicos, proporcionados por nuestros cronistas.

La segunda mitad del s. V es entonces un momento en el que las estrategias y las tácticas tienen que desarrollarse de manera tan rápida que no ofrece a la mentalidad el tiempo necesario para adecuarse; los resultados son problemáticos. Buscando paralelos en la historia más reciente, en la Primera Guerra Mundial, según el mismo principio, millones de infantes cargan

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

frontalmente a las ametralladoras y mueren, segados por los cientos de proyectiles que este prodigio de la industria bélica dispara cada minuto. En la Segunda Guerra Mundial, además, encontramos en el mismo conflicto tanto las cargas de caballería al arma blanca como las bombas atómicas.

Las nuevas generaciones de ciudadanos griegos de la segunda mitad del siglo V, a pesar de seguir respetando los cimientos firmes de la mentalidad de sus padres, de los poetas de los siglos pasados y de los autores teatrales contemporáneos, intentan adaptarse. Buscan el respaldo y la protección de la caballería y de los tiradores, tanto griegos como mercenarios, es el caso de los honderos rodios, de los arqueros cretenses y escitas y de los peltastas tracios. Se trata, de todas formas, de la mínima adaptación necesaria para evitar la aniquilación. El mismo rechazo mental, para demostrar una vez más la continuidad de algunos valores peculiares de la historia de Occidente, lo encontramos en el *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto. El autor emiliano, veintiún siglos después de la muerte de Tirteo, critica el arcabuz, “*sì astuto in mal far*”, es decir, “tan astuto en hacer el mal” (Ariosto, 1976: 177) por determinar el ocaso de la heroica edad caballeresca medieval y de su *ethos*.⁵

Bibliografía

Fuentes primarias

Aristófanes (1987). *Las Avispas, La Paz, Las Aves*. Edición de Rodríguez Adrados, F. Madrid: Cátedra.

Aristófanes (1991). *Los Caballeros*. Edición de Rodríguez Adrados, F. Madrid: Cátedra.

Aristófanes (1969). *Las Nubes*. Edición de Pallí Bonet, J. Barcelona: Bruguera.

Aristóteles (2011). *Política*. Edición de Rus Rufino, S. Madrid: Tecnos.

Diodoro de Sicilia (2008). *Biblioteca histórica, libro XIII*. Edición de Torres Esbarranch, J. J. Madrid: Gredos.

Esquilo (1983). *Los Persas*. Edición de Alsina Clota, J. Madrid: Cátedra.

Eurípides (1992). *Andrómaca*. Edición de López Férez, J. A. Madrid: Cátedra.

⁵ Doy las gracias a Esperanza De Los Reyes Aguilar por ayudarme con las correcciones gramaticales.

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

Eurípides (1999). *Electra, Las Troyanas, Ifigenia entre los Tauros*. Edición de Labiano, J. M. Madrid: Cátedra.

Eurípides (2000). *Helena, Las Fenicias, Las Bacantes, Ifigenia en Áulide, Reso*. Edición de Labiano, J. M. Madrid: Cátedra.

Heródoto (1999). *Historia*. Edición de Balasch, M. Madrid: Cátedra.

Homero (1989). *Iliada*. Edición de López Eire, A. Madrid: Cátedra.

Nepote, C. (2002). *Vidas*. Edición de Segura Moreno, M. Madrid: Gredos.

Jenofonte (2006). *Anábasis*. Edición de Martínez García, O. Madrid: Alianza Editorial.

Jenofonte (1987). *Ciropeia*. Edición de Vegas Sansalvador, A. Madrid: Gredos.

Jenofonte (1989). *Helénicas*. Edición de Plácido, D. Madrid: Alianza Editorial.

Pausanias (1994). *Descripción de Grecia*, Libro I. Edición de Herrero Ingelmo, M. C. Madrid: Gredos.

Platón (1981). *Laques*. Edición de Calonge Ruiz, J., Lledó Iñigo, E., García Gual, C. Madrid: Gredos.

Platón (2011). *La Republica o el estado*. Edición de Candel, M. Madrid: Espasa.

Plutarco (1987). *Moralia III, Máximas de reyes y generales, Máximas de espartanos, Antiguas costumbres de los espartanos, Máximas de mujeres espartanas*. Edición de López Salva, M., Medel, M. A. Madrid: Gredos.

Rodríguez Adrados. F. (1980). *Lírica griega arcaica, Poemas corales y monódicos, 700-300 a. C*. Madrid: Gredos.

Sófocles (1985). *Antígona, Filoctetes*. Edición de Vara Donando, J. Madrid: Cátedra.

Suárez de la Torre, E. (2002). *Antología de la lírica griega arcaica*. Madrid: Cátedra.

Suárez de la Torre, E. (2012). *Elegíacos griegos*. Madrid: Gredos.

Testi, Dario.

El *ethos* de los veteranos de Maratón: siglo V a.C

www.revistarodadafortuna.com

Táctico, Eneas el (1991). *Poliorcética*, edición de Vela Tejada, J., Martín García, F. Madrid: Gredos.

Tucídides (1989). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Edición de Guzmán Guerra, A. Madrid: Alianza Editorial.

Fuentes secundarias

Alighieri, D. (1999). *Divina Commedia, Inferno, Purgatorio, Paradiso*. Edición de Succato, M. Colognola ai Colli: Demetra.

Ariosto, L. (1976). *Orlando Furioso*. Edición de Segre, C. Milano, Mondadori.

Bloch, M. (2005). *Scritti sulla storia come scienza*. Edición de Francesco Pitocco. Roma: Il Centro di ricerca.

Braudel, F. (1949). *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. Paris: Poche.

Fields, N. (2007). *Thermopylae 480 BC, Last stand of the 300*. Oxford: Osprey.

Hölkeskamp, K. J. (1997). *La Guerra e la pace*. Torino: Einaudi.

Lara Peinado, F. (2011). *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*. Madrid: Cátedra.

Le Goff, J. (1994). *L'Homme médiéval*. Paris: Seuil

Pitocco, F. (2000). *Storia delle mentalità*. Bulzoni: Roma.

Sage, M. M. (1996) *Warfare in Ancient Greece*. London and New York: Routledge.

Sekunda, N. V. (2000). *Greek Hoplite 480-323 BC*. Oxford: Osprey.

Recebido: 30 de setembro de 2013

Aprovado: 05 de dezembro de 2013